

Patricia Tovar Rojas (ed.)

Familia, género y antropología: Desafíos y transformaciones

BOGOTÁ, INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA, 2003

por Yolanda Puyana Villamizar*

Desde los años 1940, la antropóloga Margaret Mead legó a la humanidad un conjunto de investigaciones sobre culturas aborígenes que nutrieron el análisis de la división bipolar esencialista de las cualidades femeninas y masculinas. Criticó la división sexual institucionalizada por la cultura occidental y la forma como en la socialización se desarrollan cualidades humanas y se establecen los roles sólo en razón del sexo. Afirma Mead: "Si queremos una cultura más rica en valores contrastantes, debemos reconocer toda la escala de potencialidades humanas, y levantar así una construcción social menos arbitraria, en la que cada cualidad humana encuentre el lugar que le corresponde"¹. Si bien Margaret Mead propuso la categoría de sexo para referirse a diversas simbologías y a los comportamientos exigidos para diferenciar la masculinidad y la feminidad, sus investigaciones fueron precursoras de la perspectiva de género.

Los artículos que conforman el libro *Familia, género y antropología* emplean la categoría de género para desentrañar las formas de poder que oprimen a las mujeres en el tradicional mundo privado de la familia y los símbolos culturales que definen las diferencias entre los sexos. Los artículos parten también de un presupuesto sobre los grupos familiares como espacios plenos de interacciones humanas, cambiantes e históricos donde se reproducen tanto amores como desamores, solidaridades y violencias. Con esta perspectiva investigadores e investigadoras han profundizado en su dinámica particular evitando caer en tesis naturalistas propias de los imaginarios sociales bajo los cuales se idealiza la familia monogámica, se rechaza a los homosexuales calificándolos como seres antinaturales y se violenta a la mujer, al ligarla exclusivamente a las funciones hogareñas y maternas.

La primera parte del libro contiene inquietantes reflexiones conceptuales acerca de la categoría de género. Marcela Lagarde escribe con vehemencia un artículo denominado: "Reflexiones sobre la antropolo-



gía, género y feminismo", en el cual muestra cómo gracias al papel político del feminismo y el posterior desarrollo de la perspectiva de género, se han deconstruido visiones androcéntricas en la filosofía y en las ciencias a través de las cuales se escondieron las cualidades diferentes entre hombres y mujeres. Bajo estos presupuestos denominados como la "episteme de lo mismo" —en palabras de la psicóloga Ana María Fernández—², las llamadas ciencias humanas fueron ciegas ante el pensamiento femenino, legitimaron la exclusión y la subordinación de las mujeres. Destaca la autora que la incorporación de la perspectiva de género en el análisis de lo social, está produciendo "una revolución científica" con implicaciones para el reconocimiento de la diversidad y la construcción de la democracia.

Gabriela Castellanos, por su parte, en el artículo: "Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna", propone una polémica bien interesante para los estudios de dichos campos teóricos. Critica la tendencia a distinguir el sexo y el género por medio de una dicotomía falsa; el primero referido a "lo meramente biológico", mientras que el segundo hace referencia a la simbología cultural con la cual se significan dichas diferencias. La autora retoma a Foucault y los trabajos de varias antropólogas que sitúan el sexo como una

construcción social y cultural. Destaca que muchas culturas definen el sexo sin la bipolaridad masculino femenino, y más bien se refieren a "una gradación y no [a] una disyuntiva entre dos unidades discretas". Gabriela Castellanos propone el género como una categoría que distingue las sexualidades y en especial las relaciones de poder derivadas de la hegemonía sexual del hombre. Finalmente, critica la homologación usual de la categoría de género como mujer y deconstruye el imaginario social con el cual colombianas y colombianos rechazamos el feminismo. Sugiere, más bien, hacer referencia a los feminismos —debido a la diversidad de posiciones que encierran— y, por ende, a reconocer el impacto de este pensamiento en el enriquecimiento de la perspectiva de género.

La categoría de género aplicada al pensamiento sobre lo que significa ser hombre como ser sexuado y diferente a las mujeres, incidió en el desarrollo de los estudios acerca de la masculinidad en América Latina. En el artículo: "Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad", Mara Viveros realiza un balance de dichos estudios y el impacto político que han tenido. Se es consciente de que al reconocer la masculinidad en la región se incide en el cuestionamiento y cambio de la masculinidad hegemónica ajena a la democracia. Mara Viveros clasifica los estudios sobre las masculinidades en cuatro temáticas diversas: la construcción de la identidad masculina, la paternidad, los ámbitos de la homosocialidad masculina y los referentes a la salud y la sexualidad masculina. Critica una tendencia común de algunos de estos estudios consistente en asociar la masculinidad con la heterosexualidad y la homosexualidad con la feminidad. Plantea que "la adopción de rasgos masculinos y femeninos o de un rol pasivo o activo en las relaciones sexuales es independiente de la orientación sexual". Al final sugiere interesantes líneas temáticas que aún no han sido desarrolladas en este campo.

Conservando la perspectiva de género, en el texto se abordan las violencias intrafamiliares a partir de investigaciones concretas. En la coyuntura de guerra y conflicto vivida por Colombia es imposible referirse al grupo familiar sin analizar la forma como la violencia social la afecta y

* Profesora Asociada, Departamento de Trabajo Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.

¹ Margaret Mead, *Sexo y temperamento*, Buenos Aires, Paidós, 1961.

² Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos de hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

la manera como ésta se presenta dentro de la dinámica familiar. En esta perspectiva se desarrolla el artículo de Patricia Tovar: "La familia en tiempos de guerra y la guerra dentro de la familia". Después de recapitular las pérdidas que este desafortunado evento ocasiona a la familia en el país, Patricia Tovar resalta los aportes de la antropología al estudio de la violencia intrafamiliar y plantea hipótesis en torno a la relación entre violencia social e intrafamiliar. Para el caso de Colombia esta asociación debe revisarse con mayor detalle, pues algunos estudios han demostrado que persisten dos comportamientos diferentes entre las personas maltratadas en la infancia: cuando adultos/as algunas personas reproducen las agresiones recibidas mientras que otras se convierten en pacifistas en cualquier espacio donde se encuentren, bien sea en la familia o en el mundo político. Por otra parte, en estudios realizados en el país aparecen indistintamente altos índices de violencia intrafamiliar, tanto en municipios azotados por la violencia social como en regiones donde no se presenta este fenómeno.

Temática similar aborda Jill Korbin en el artículo "Redes sociales y violencia familiar en perspectiva intercultural", quien a partir de una revisión bibliográfica muy extensa acerca de este fenómeno en culturas no occidentales, señala unas características interculturales constantes asociadas a dicha violencia. La autora estudió el impacto de las redes destinadas a proteger a mujeres y niños/as en contra de este tipo de violencia en distintos grupos culturales. Concluye que no en todas las culturas se presenta una inclinación espontánea a la defensa de las víctimas. El efecto de las redes depende de los recursos relativos con que cuenta cada comunidad, como el poder, las estrategias recursivas y múltiples factores asociados a la cultura. Este aporte debe ser tenido en cuenta en proyectos que se adelanten en Colombia bajo el supuesto de que por cierta inclinación natural, en todas las culturas se va a proteger a la niñez y a rechazar la violencia intrafamiliar.

Las condiciones y el contexto en los que las mujeres son violentas se ilustra muy bien en la investigación histórica presentada por Saydi Núñez en el artículo "Víctimas y victimarias". Aquí se sintetizan los resultados de un estudio de expedientes de mujeres delincuentes durante los años 1950 y 1960, recluidas en la cárcel de mujeres de Bogotá. Se exponen las características de los delitos y su relación con las condiciones de pobreza, ignorancia y, en general, las formas patriarcales que constriñen a las mujeres y las inclinan hacia el delito. La reflexión sobre estos casos justifican el título del artículo, pues en realidad estas mujeres son más víctimas, de una ciudad que no les brinda calidad de vida, que victimarias.

La forma como la violencia afecta a las mujeres también se reconoce en el artículo titulado "Viudez y estigma: efectos de la violencia política en familias insurgentes", de María Eugenia Vásquez. Se inicia con unas consideraciones acerca del significado de la viudez para las mujeres que habían definido su vida como compañeras de líderes insurgentes del M-19. Ante la pérdida del compañero recibieron una sobrecarga económica, acentuada por los temores ante el estigma social, la negación, la impotencia ante la impunidad, la exclusión y el miedo. Todas estas situaciones no fueron abordadas en los programas de reinserción, ni interesaron a la organización y menos al Estado. Como decía una de ellas: "Si no se cuentan los muertos, menos las viudas."

La última parte del libro, denominada *Familias en transición*, contiene cuatro artículos diferentes y a la vez esclarecedores de la relación entre género y antropología en distintos contextos del país. El primero, escrito por Virginia Gutiérrez de Pineda, titulado "Familia ayer y hoy", presentado como ponencia dos días antes de su infortunado deceso, hace un certero análisis de los cambios de la familia al iniciarse el siglo XXI y de la variedad de formas que la constituyen. Sorprende la sabiduría de esta investigadora, quien durante 50 años reflexionó acerca de los grupos familiares sin perder el entusiasmo por descubrir sus permanencias, cambios y contradicciones. Como ella misma lo planteaba, "los procesos de cambio familiar son resultado de su acomodación a las transformaciones de la sociedad y de la cultura que forman su entorno". Al relacionar el artículo de Virginia Gutiérrez con los resultados de una extensa investigación que realizamos durante cuatro años sobre la paternidad y la maternidad en las principales ciudades del país, encontré conclusiones muy similares³. Tanto en el artículo en comentario como en la investigación citada se destacan como características de la familia en la actualidad: una tendencia a la homogeneidad en las familias citadinas acompañada de mayor diversidad en las formas como se organizan los hogares, la prevalencia de nuevas estrategias en torno a la distribución de la proveeduría entre las parejas y las tendencias hacia la secularización de las costumbres.

Sobresale el escrito de Patricia Villa y Doris Rojas titulado "Las mujeres antes de las Conquistas", resultado de una detallada investigación acerca de las imágenes de la mujer en el material arqueológico colombiano. Las figuras femeninas se ca-

racterizan por la diversidad de su tratamiento. En algunos grupos étnicos se representan formas de poder de las mujeres, que bien pudieron sorprender a los españoles de la época, mientras que otros las excluyen. Si bien el artículo aporta elementos innovadores para reconocer el estatus de la mujer en estas culturas, su lectura deja muchos interrogantes, como por ejemplo: ¿es posible referirse a patriarcado o matriarcado en estos casos?

El artículo denominado "Género, mujer y feminidad entre los indios Yakuma" detalla la simbolización del cuerpo femenino en el ciclo vital de este grupo étnico. Sorprenden conclusiones como las relacionadas con el poder y la sabiduría de las mujeres mayores, consideradas cercanas a los hombres porque han finalizado el ciclo reproductivo. Ambos estudios históricos podrían validar argumentos sustentados por Elizabeth Badinter y Riane Eisler acerca de una mayor equidad entre los géneros en otras culturas –anteriores al patriarcado–, en donde las mujeres gozaban de un estatus similar al de los hombres⁴.

El libro finaliza con el artículo "Reflexiones sobre la familia en la frontera amazónica: idealizaciones, contradicciones y tendencias actuales", de Ligia Simonian, referido a las estructuras familiares indígenas del Brasil, en el cual se presenta una extensa investigación bibliográfica sobre género y antropología, y se demuestran los cambios de éstos a partir de la colonización y las crisis económicas acaecidas en la frontera.

Una vez leído el libro y detallado sus artículos se concluye que su lectura es bien interesante ya que con una perspectiva crítica y contextual enriquece los conocimientos acumulados sobre la familia en Colombia. La mayoría de los artículos se fundamentan en investigaciones empíricas del contexto colombiano y al mismo tiempo confrontan sus resultados con otros estudios de carácter universal. Como ya se planteó, contienen una perspectiva de género, por lo que compartimos lo afirmado por Patricia Tovar en la introducción: "Explorar la sociedad en la perspectiva de género no sólo permite aprehender el punto de vista de las mujeres y de los hombres que, como sabemos, tienen experiencias diferentes y desiguales, sino vislumbrarla como un todo. No se trata de ver a la mujer como lo otro, [sino] más bien en la observación de la sociedad en sus términos más amplios desde una u otra perspectiva".

Yolanda Puyana
Universidad Nacional de Colombia

³ Consúltense al respecto el texto: *Padres y madres en cinco ciudades colombianas*, publicado por las universidades Nacional de Bogotá, Antioquia, Cartagena, Valle y Autónoma de Bucaramanga.

⁴ Elizabeth Badinter, *El uno es el otro*, Editorial Planeta, 1987; Riane Eisler, *El cáliz y la espada*, Santiago de Chile, Editorial Cuatro Vientos, 1993.